

MANANA PRODUCCIONES

# LA BELLA DURMIENTE

Hermanos Grimm



# LA BELLA DURMIENTE

Hermanos Grimm



**LA BELLA DURMIENTE**  
Manana Producciones

Producción: Mariana Acosta S.  
e-mail: marianaas44@hotmail.com

Ilustración: Francesca Ratto M.  
Diseño colección: Caterina di Girolamo A.





Hace mucho tiempo había un rey y una reina que todos los días exclamaban:

—¡Ay, si tuviéramos un hijo!

Pero pasaba el tiempo y el ansiado hijo no llegaba.

Hasta que un día, hallándose la reina en el baño, saltó un sapo del agua al suelo y le dijo:

—Tu deseo será cumplido. Antes de que transcurra un año traerás una hija al mundo.

Lo que el sapo había dicho se cumplió y la reina dio a luz una niña tan hermosa que el rey no cabía en sí de gozo. Para celebrar el acontecimiento organizó una gran fiesta. No sólo invitó a sus parientes, amigos y conocidos, sino también a las hadas para que le fueran propicias a la recién nacida y le mostraran su afecto. Las hadas en aquel reino eran trece, pero como en el palacio solamente tenían doce platos de oro para que comieran ellas, tuvieron que dejar a una fuera de la fiesta. Esta se organizó con todo lujo y, cuando estaba llegando al final, las hadas obsequiaron a la niña con sus dones maravillosos.







Una le dio la virtud, otra la belleza, una tercera le concedió la riqueza, y así con todo lo que se pueda desear en este mundo. Cuando ya once hadas habían expresado sus buenos deseos, entró de pronto al palacio la decimotercera, y queriendo vengarse por no haber sido invitada, sin saludar ni mirar a nadie dijo en voz alta:

—¡El día en que cumpla los quince años, la hija del rey se pinchará con un huso y morirá!

Y sin decir ni una palabra más, se dio la vuelta y abandonó la sala.

Todo el mundo quedó muy asustado, pero en ese momento se adelantó la duodécima hada, que todavía no había pronunciado su gracia. Y puesto que no podía anular la mala profecía, sino solamente aminorarla, dijo:

—No será una muerte, sino un profundo sueño de cien años en el que caerá la hija del rey.

El rey, que deseaba a toda costa preservar a su hija querida de la desgracia, dio la orden de que fueran quemados todos los husos del reino.



La joven fue creciendo y en ella se cumplieron todos los dones otorgados por las hadas, pues era bella, discreta, cordial y comprensiva, de tal manera que todo aquel que la veía, la quería inmediatamente. Sucedió que justo en el día en que cumplía los quince años, los reyes no se encontraban en casa y la muchacha se quedó sola en el inmenso palacio. Se puso a escudriñar todos los rincones, miró todas las habitaciones y cámaras que quiso y llegó finalmente a los pies de una vieja torre. Subió lentamente la estrecha escalera de caracol hasta llegar ante una pequeña puerta. En la cerradura había una llave oxidada, y apenas le dio la vuelta la puerta se abrió. La princesa pudo ver que en el pequeño cuarto se hallaba sentada una vieja que tenía en sus manos un huso con el que hilaba hacendosamente su lino.

—Buenos días, anciana abuelita —dijo la hija del rey —  
¿Qué haces?

—Estoy hilando —contestó la vieja meneando la cabeza.

—¿Qué cosa es eso que salta tan alegremente? —preguntó la muchacha, cogiendo el huso y queriendo también hilar.

En cuanto tocó el huso, se cumplió el conjuro y la princesa se pinchó en el dedo con él. Apenas sintió el pinchazo, cayó sobre la cama que allí había y se sumió en un profundo sueño.







Y ese sueño se extendió por todo el palacio; el rey y la reina, que acababan de llegar y habían entrado en el salón real, cayeron dormidos, y con ellos toda la corte. Se durmieron también los caballos en el establo, los perros en el patio, las palomas en el tejado, las moscas en la pared, e incluso el fuego que chisporroteaba en el fogón enmudeció y se durmió, y el asado dejó de asarse. El cocinero que quería tirarle de los pelos al pinche, porque había tenido un descuido, lo dejó y se durmió. El viento se calmó en los jardines y en los árboles delante del palacio ya no volvió a moverse una hoja más.

Alrededor del palacio comenzó a crecer un gran seto de espinos que cada día se hacía más grande y que finalmente cubrió todo el palacio; y luego creció por encima de los muros de tal manera que del palacio no podía verse nada, ni siquiera la bandera que ondeaba sobre el tejado. Por el país se extendió entonces la leyenda de la Bella Durmiente del Bosque, que así llamaban a la hija del rey, y de tiempo en tiempo llegaban hijos de reyes e intentaban penetrar en el castillo abriéndose paso a través del seto de espinas. Pero no era posible, pues las espinas los sujetaban como si tuvieran manos, y los jóvenes quedaban allí prendidos, sin poder liberarse, y morían de una muerte atroz.



Pasaron así muchos años, hasta que llegó un príncipe al país y oyó a un anciano hablar del seto de espinas y afirmar que detrás debía haber un palacio en el cual la maravillosa hija del rey, llamada la Bella Durmiente, dormía desde hacía cien años, y que con ella dormían también el rey y la reina y toda la corte. Este príncipe sabía también, por su abuelo, que muchos otros hijos de reyes habían venido hasta allí para intentar llegar al palacio atravesando el seto de espinas, pero que se habían quedado prendidos entre las espinas y habían tenido un triste final. A esto dijo el joven:

—No tengo miedo, yo quiero entrar y ver a la Bella Durmiente.

El buen anciano trató de hacerlo desistir de su empeño, pero el joven no hizo caso alguno de sus palabras.

Habían transcurrido ya los cien años, y había llegado el día en que la Bella Durmiente tenía que despertar. Cuando el hijo del rey se aproximó al seto de espinas, no vio sino grandes y hermosas flores que se hacían a un lado por sí mismas y lo dejaban avanzar sin hacerle el menor daño. Cuando hubo pasado, volvieron a transformarse en seto. En el patio del palacio vio a los caballos y a los perros de caza de piel manchada tumbados, durmiendo; en el tejado estaban las palomas, que habían escondido la cabeza bajo el ala.







Y cuando entró por fin en el palacio, las moscas dormían en la pared, el cocinero en la cocina tenía todavía la mano estirada, como si quisiera agarrar al pinche, y la sirvienta estaba sentada ante el gallo negro que tenía que desplumar. Siguió adelante y vio en el salón a todos los miembros de la corte tumbados y durmiendo, y desplomados en el trono estaban durmiendo el rey y la reina.

Siguió avanzando el príncipe, y por todas partes era tan profundo el silencio que podía oír su propia respiración; finalmente llegó a la torre, subió y abrió la puerta del pequeño cuarto en que dormía la Bella Durmiente.





Allí yacía ella, y era tan hermosa que el príncipe no pudo apartar la mirada. Se inclinó y le dio un beso. Cuando le rozó los labios con el beso, la Bella Durmiente abrió los ojos, se despertó y lo miró dulcemente. Luego descendieron juntos, y el rey se despertó y la reina también y lo mismo toda la corte, y se miraban unos a otros con ojos atónitos. Y los caballos se levantaron en el patio, los perros de caza saltaron meneando el rabo, las palomas en el tejado sacaron la cabeza de debajo del ala, miraron a su alrededor y volaron en dirección al campo; las moscas siguieron arrastrándose en la pared; el fuego en la cocina se enderezó y llameó e hizo la comida; el asado comenzó de nuevo a asarse, y el cocinero le dio al pinche una bofetada que lo hizo gritar, y la sirvienta desplumó al gallo. Y se celebró la lujosa boda del hijo del rey con la Bella Durmiente, y vivieron felices hasta el fin de sus días.





